

Testimonios

Un médico, una misma cordillera, dos cruces diferentes. Otros héroes.

En menos de un mes crucé la Cordillera de los Andes dos veces. El primero a principios de enero junto a un grupo de sanmartinianos Rosarinos llamado "Cuna de la Bandera". El segundo con una fundación de niños discapacitados llamada Accadi.

En la primera experiencia cabalgué como único médico de 120 jinetes. En los diez días que duró la marcha aprendí que en el medio de la montaña no hay tesoro más valioso que una mula. Supe del frío en mi bolsa de dormir escarchada y del calor insoportable debajo del sombrero. Supe del miedo a los precipicios y al dolor de rodillas después de cinco horas de cabalgata, sabiendo que faltan aún tres o más. Comprendí que los HÉROES, que me contaba *Anteojito*, increíblemente, no eran de bronce y los valoré más aún en medio de mi carne y mis huesos doloridos. Al terminar mi recorrido con trescientos kilómetros en mis nalgas y a cuatro mil doscientos metros de altura, al bajar no me esperaba la muerte en una batalla, sino un asado, una cama cómoda y un país ya liberado por la sangre que aquellos habían derramado. Ellos estaban en el verde repentino del Valle de Uspallata, mirando a Mendoza de noche, como desde un avión, en la estancia Las Canotas y envueltos en el viento helado del Cristo Redentor. Ellos estaban cuando me sentí custodiado a mi derecha por el Aconcagua mientras éste sostenía el techo de América y me iba sumergiendo en el

túnel del tiempo a medida que me adentraba –como un microbio– en esas monumentales y estáticas entrañas, y se me hacía que me miraban aquellos hombres desde las mismas quebradas que los vieron pasar... 186 años atrás. En algunos tramos, donde, por miedo, me encontraba sin aliento, a la vuelta de un paramillo y me topaba de frente con mi historia y la de mi país, quiero decir cuando me encontraba conmigo... por qué no decirlo; lloré. Lloré de orgullo cuando nadie me veía, lloré de alegría de pertenecer a esta tierra. Si había una mínima duda acerca de mi identidad, un tenue fantasma de no pertenecer a este suelo, una voz interior con anhelos de emigrante o algún glóbulo rojo que no fuera celeste y blanco, allí se quedó, en la Cordillera de los Andes, en la montaña que todo lo transforma en montaña... Recuerdo que parábamos al mediodía –no más de veinte minutos– para descansar la osamenta, abreviar las mulas y devorar la vianda, esa misma que por la mañana parecía que nadie iría a comer. Y escuchábamos una clase de historia. Y allí estaban de nuevo, ellos, sentados a nuestro lado, tal vez en las mismas piedras en las que nosotros apoyábamos nuestros isquiones magullados, ellos, mirándonos desde la gloria. Pensé en Paroissien, el médico que acompañó a San Martín y me pregunté ¿Cómo habrá sido todo aquello? ¿Cómo lo habían hecho? Y no encontraba una respuesta que me diera tranquilidad. En lo que duró el cruce, hice más de 200

consultas, desde cefaleas "sine materia" hasta crisis hipertensivas que me colocaron en la triste posición de decidir quién sigue y quién no. Yo mismo me caí desde mi montura y fui pisado en los gemelos de la pierna izquierda. Llegué a los 3.100 metros en Agua de la Cuevas con la pierna hecha una morcilla, dolorido, hipotenso e hipoglucémico. Llamé al enfermero, que paradójicamente se llamaba San Martín, y le dije: "Mi amigo, voy a desmayarme" y cumplí mi promesa. Al otro día a eso de las 6 me envolví la pierna en algodón y me puse una botella de gaseosa abierta a lo largo para protegerme y seguí viaje hasta el valle de Uspallata. A pesar del dolor y del cansancio, estaba contento, y si bien me pesaba la responsabilidad que tenía sobre todas esas personas ciertos acontecimientos me dieron parcialmente la respuesta ¿Cómo lo habían hecho? Entregándolo todo, pensé.

Meses antes del cruce leí la vida de José de San Martín por René Favalaro, Bartolomé Mitre, Ricardo Rojas, Domingo F. Sarmiento, Pérez Pardella, Gerónimo Espejo, Patricia Pascuali, pero debo confesar que fueron esas montañas quienes me dieron la dimensión exacta de la epopeya. Los inextinguibles vientos, el tan impalpable como infinito polvo del camino que a veces se encapricha en ser camino hasta lo implacable, el calor que sólo dejaba paso al frío, los milagrosos e ilimitados manantiales helados, las piedras partidas por ese karateca de mano de hierro certero que son las disímiles temperaturas, las estrellas más cercanas a la palma que jamás tuve antes, el resucitado lucero del alba como un sol prematuro, la sed pertinaz y la náusea repentina, la nariz reseca, el dolor de cabeza, el impedeceder sol en la espalda, las distancias inacabables, el aire diáfano y tenue, el arco iris pétreo del cerro siete colores que separa la precordillera de la cordillera, las

nieves blancas y eternas allí arriba, la ausencia constante del verde abajo. El cielo azul cobalto repentinamente salpicado por la encumbrada mancha de ceremoniosa tinta china que balancea en silencio un cóndor y la eterna y enhiesta angustia de Los Penitentes. Esas cosas me hablaban de ellos, de mis HEROES, los que yo creí que eran de bronce y que, sin embargo, me enseñaron que no hay metal más fuerte e incorruptible que el verdadero amor a la patria, entregarle todo a un prójimo que en muchos casos no volverían a ver o lo que es más increíble aún: jamás conocerían.

Diferente pero igual de intenso fue el segundo cruce, junto a la fundación Accadi (Actividades Comunes a Capacidades Diferentes), allí acompañé como un voluntario más, tenía a cargo a Federico con secuelas de mielomengocele que se desplaza con su silla de ruedas, y a Maximiliano, un adolescente amputado en una de sus piernas que se manejaba prácticamente solo. Los objetivos de este cruce fueron también los valores sanmartinianos, pero lo más importante, al menos para mí, es que a pesar de las dificultades esos niños supieron que podían realizar una epopeya. De hecho el proyecto fue bautizado con esa sigla E.P.O.P.E.Y.A (Estamos Preparados y Organizados Para Elevar Ya Argentina). Además del cuidado de esos niños durante el cruce, durante meses organicé algo que vengo haciendo con mis pacientes hace cerca de 10 años. Una barrileteada.

Con distintos temas los convoqué a remontar este juguete simple, que se arma y se remonta en familia, saca sus ojos de las pantallas y los dirige al cielo. Así, para hablar de ecología cada uno trajo un árbol y plantamos 4.000 en terrenos contaminados de Avellaneda,

para concientizar sobre donación de órganos junto al INCUCAI y el CUCAI-BA donamos cerca de 1.500 barriletes al viento, para hablar de ciertas soledades en la tercera edad con mis amigos fuimos a los geriátricos y junto al grupo comunitario de PAMI hicimos talleres de barriletes, yo les daba el nombre de mis pacientes y los abuelos lo pegaban en los viajes; pícaro contraseña para encontrarse. El lema de ese día fue "un abuelo, un padrino de vuelo". También lo hicimos para tocar el tema de la drogadicción. Los padres por el hilo le enviaban una carta al barrilete donde decía "Cuando crezcas no quiero que seas drogadicto" y yo les hice una carta junto a la que subió al cielo, donde, como un escribano de los deseos de los padres, certificaba ese "No" a tiempo que le habíamos sembrado en sus cabecitas. Hicimos talleres en los servicios de Oncohematología de los Hospitales Garrahan, Elizalde, Posadas, Gutierrez, Casa Garrahan en apoyo a la fundación Flexer, remontamos ese día barriletes verdes y el mensaje fue "se puede; se debe". El tema: el cáncer infantil. El 11 de Mayo de 2003 cada uno de los niños donó un libro y un barrilete; el lema fue "Papel que vuela, papel que nos hace volar"; creamos una biblioteca de 4.000 volúmenes para la comunidad Wichi de "Misión La Paz", Salta. El mensaje: sin educación un país está condenado al fracaso.

Pero volviendo a la barrileteada del proyecto EPOPEYA, la idea era que mientras nosotros remontábamos barriletes en Uspallata el 2 de Febrero de 2003 a las 15 horas, lo mismo hicieran niños de diferentes provincias con viajeros celestes en el norte y sur del país, blancos en el centro y amarillos en Córdoba. El objetivo: formar una gran bandera aérea, que los niños estuvieran hermanados a través del viento.

Pero en lo personal, si tendría que decir qué fue lo más importante para este simple pediatra infectólogo de la Casa Cuna –sospechado de barriletero– expresaría que gracias al cruce de Los Andes con estos niños y al tener a cargo uno de ellos con discapacidad motora, pude valorar a OTROS HEROES.

Al subir y bajar a Federico del micro, al ayudarlo con su silla de ruedas, al sonarlo cada 6 horas junto a la enfermera que nos acompañaba, al saber de su mundo, al abrazarlo en un llanto, al compartir la mesa, los fogones, el baño, los chistes, al desearle "buenas noches compañero" y al despertarlo con un "buen día", pude asomarme a la dimensión de esos otros HEROES; los padres de estas criaturas.

Así como las montañas me dieron la extensión exacta de la epopeya sanmartiniana, aquel niño me dio otra mirada hacia ciertos padres. Con 22 años de profesión me asome a los abismos cordilleros y también a ese otro que es el "cuánto me falta aún para saber algo".

Es cierto, crucé la Cordillera de los Andes dos veces en menos de un mes.

En una, transité 300 kilómetros de montañas con una mula hasta 4.200 metros de altura.

En la otra, recorrí y atravesé la piel de un padre con una criatura diferente.

Creo, humildemente, que esto me hizo, un poco, un poquito, mejor médico.

Gracias "Fede".

Rubén Omar Sosa

Pediatra Infectólogo

Si bien no está reconocido, convalidado, recertificado, permítaseme mi otro título: "Barriletero".

